



DIRECTORA: ÁNGELA GRASSI

Núm. 26. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Julio 1873. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIII.

PRIMERA EDICION. DE LUJO Ó COMPLETA.		SEGUNDA EDICION. ECONÓMICA.		TERCERA EDICION. ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS.		CUARTA EDICION. ESPECIAL PARA LAS MODISTAS.	
Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.		Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural.		Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.		Dos números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones de tamaño natural.	
MADRID.		MADRID.		MADRID Y PROVINCIAS.		Haciendo la suscripción por medio de los Corresponsales:	
Un año... 30,00 ptas.	Un año... 36,00 ptas.	Un año... 18,00 ptas.	Un año... 21,00 ptas.	Un año... 13,00 ptas.	Un año... 13,00 ptas.	Madrid: Un mes, 1,75 pesetas.	Madrid: Un mes, 1,50 pesetas.
Seis meses... 15,50 *	Seis meses... 18,50 *	Seis meses... 9,50 *	Seis meses... 11,50 *	Seis meses... 7,00 *	Seis meses... 7,00 *	Provincias: Tres meses, 5,00 id.	Provincias: Tres meses, 4,50 id.
Tres meses... 8,00 *	Tres meses... 9,50 *	Tres meses... 5,00 *	Tres meses... 6,00 *	Tres meses... 3,50 *	Tres meses... 3,50 *		
Un mes... 3,00 *		Un mes... 2,00 *		Un mes... 1,25 *	Un mes... 1,25 *		

#### SUMARIO.

Los hilos de la Virgen, por la condesa de Araceli.—Don Gaspar Bono Serrano, por Domingo Hévía.—La citara de la extranjera, por Josefa Estevez de G. del Canto.—El hospital de Santiago, por Eduardo Lopez.—Clemencia, por Isabel Cheix.—Anacreónica, por Antonio Fernandez Vallejo.—La inconstancia, poesía, por J. Vera de Leon.—Historia de un pino, por Angela Grassi.—Explicacion del figurin.—Variedades.—Charada.

GRABADOS.—Los hilos de la Virgen.—Cuadros bíblicos.—Portada del hospital de Santiago.—El caballo.—El camello.—El dromedario.

#### LOS HILOS DE LA VIRGEN.

¡Bellas y suaves creencias del cristiano, sencillas y poéticas tradiciones que refrescas la mente y el corazon con vuestros balsámicos perfumes, cuán gratas sois al alma, que no está contaminada con el fango de la tierra!

¡No os ha sucedido nunca, hermanas mías, al recorrer la campiña en una suave tarde de primavera, ver revolotear por los aires unos ligeros hilos blancos que brillan con todos los colores del iris á los rayos del sol poniente? Sí, os habrá sucedido mil veces; mil veces, sumidas en plácida contemplacion, habreis seguido con la vista el rápido é incierto vuelo de esos diáfanos hilos. Y entónces, si llenas de curiosidad habeis preguntado á algun sabio acerca de su misterioso origen, os habrá respondido con tono altisonante y campanudo: son hebras plateadas que tejen unos insectos, y que la brisa arrebatada entre sus alas; pero si habeis interrogado á un humilde habitante de los campos, os habrá respondido con voz grave y conmovida: son los hilos que se escapan de la rueca de la Divina hilandera, de la Madre universal, de la piadosa Virgen María. ¡Dichosas las almas que aman á María, y que cogidas á estos hilos salvadores, suben en alas de su amor hasta su celeste trono.

Esos blancos velloncitos que flotan en el espacio, establecen una comunicacion entre la tierra y el cielo, y nos

recuerdan que tenemos allá arriba una madre cariñosa que vela por nosotros. Y así, cuando los hallamos en

espacios azulados, lleguen por fin á descansar en su maternal regazo.

LA CONDESA DE ARACELI.



LOS HILOS DE LA VIRGEN.



DON GASPAR BONO SERRANO,

(Continuacion.)

## XVII.

Salió el Sr. Bono Serrano, por fin, de Zaragoza con direccion á Soria, como ya hemos indicado. Llegó á Epi-la, donde visitó la casa, trasformada en capilla, donde nació San Pedro Arbués, en la que dijo misa cual sacerdote piadoso. Visitó igualmente el palacio donde vivió en desgracia de la Corte de Carlos IV los últimos años de su agitada existencia, el célebre D. Pedro Pablo Abarca de Bolea, último Conde de Aranda. Prosiguió su marcha, y saludó de lejos el magestuoso Moncayo, tantas veces mencionado por el bilbilitano Marcial, y bebió en el apacible y cristalino Jalon, en cuyas márgenes se detuvo para ver de cerca la humilde y fertilísima Bubberca, lo mismo que la pequeña Campiel y su vecino, el alto y risueño Badaveron (hoy Valdeavero), cuyos pintorescos y apacibles campos y delicada y sabrosa fruta celebra con tan patriótico entusiasmo y fácil ritmo aquel inspirado vate latino. Dejando el manso y celebrado río á su izquierda, subió el Sr. Bono Serrano por áspera y ríscosa cuesta á la cumbre, donde los moros fundaron la renombrada Medina-Selim, hoy tan conocida con el nombre de Medinaceli. Avido de inspiraciones el poeta alcañizano, recorrió todas sus inmediaciones, deseando ver el sitio donde *fué Calatañazor*, tan célebre en la historia por la porfiada y sangrienta batalla, en que reunidas todas las armas de la España entera, dieron el golpe de gracia al terrible Almanzor, vencedor hasta entonces de todos los príncipes y reyes cristianos de la Península. Sin duda, se acordaba Bono Serrano de aquel su viaje á Medina Selim, donde *cubierto con el polvo de las batallas*, yace Almanzor, cuando muchos años después publicaba en un periódico de la corte el siguiente poemita:

AL CORDOVÉS ALMANZOR.

PROTECTOR ENTUSIASTA DE LA LITERATURA ÁRABE.

## SONETO.

Intrépido Almanzor, terror y espanto  
De la cristiana y dulce patria mia,  
Tú, cuya fiera indómita osadía  
Castigó con la muerte el cielo santo;  
No temas, no, que en mi sonoro canto  
La paz yo turbe de la tumba fria,  
Donde tus huesos yacen desde el día,  
En que espiraste con rabioso llanto.  
Fuiste rayo de guerra en los combates,  
Por sostener de tu Califa el trono,  
Que hostilizaban pérfidos magnates.  
Con digna admiracion, no con encono  
Te recuerdo, ó Mecenas de los vates,  
Y tus hazañas bélicas perdono.

No bien llegó á Soria el Sr. Bono Serrano, supo con el sentimiento y dolor que es de suponer, que el segundo batallon, *Inmemorial del Rey*, para el que le había nombrado Párrico el Excmo. Sr. Patriarca de las Indias, estaba sitiado en Villalba de Losa por el ejército carlista de las provincias Vascongadas. Con este motivo le fué preciso, no solo suspender su marcha, sino detenerse algun tiempo en Soria, donde no se entregó al ocio su laborioso y fecundo ingenio, sino que por el contrario, produjo nuevas y olorosas flores poéticas y aún sazonados y opimos frutos, como luego verán nuestros lectores. Apenas llegó á Soria, fué á saludar las antiguas y solitarias ruinas de Numancia, ó por mejor decir, la colina de Garray, en cuya altura se sabe existió la ciudad belicosa y memorable, que asombró al mundo con sus hazañas y alto renombre, y *fué el terror de la república romana*, segun la expresion del más elocuente y famoso de los oradores latinos.

No fué inútil para las letras españolas la visita que hizo á Numancia el escritor aragonés. A los pocos dias de su forzoso descanso y quietismo en Soria, publicó en el *Boletín* de aquella capital un largo artículo en prosa, titulado *mi paseo á Numancia*, y varias composiciones poéticas, todo en loor de los héroes de la ciudad invicta. En su artículo hacia una vivísima y detallada descripción de la defensa de los numantinos al pelear con tanto brio y constancia por sostener su independencia, y salvar sus lares y familias de la barbarie y ferocidad de los extranjeros invasores. En los versos, el vate supo elevarse en alas de su acendrado españolismo y poética inspiracion hasta las altas regiones de la más elevada y sublime poesía. Copiaremos algunos de sus metros en comprobacion de lo que acabamos de decir, limitándonos á solas tres de sus poesías, aunque publicó entonces otras, para

enaltecer las glorias de Numancia. Así comienza un romancillo, escrito con el referido objeto:

No enjugues, no, caro amigo,  
Las lágrimas encendidas,  
Con que el ardiente amor patrio  
Embelece tus mejillas.  
¿Qué digno español no baña  
Con su lloro esta colina,  
En que descolló la frente  
De Numancia esclarecida?  
Este suelo venturoso  
Conserva fiel las cenizas  
De mil héroes que ofrecieron  
En holocausto su vida.  
Este solitario sitio  
A los patriotas inspira  
Amor á la independencia,  
Horror á la tiranía.  
Este lugar de recuerdos  
Los corazones sublima,  
Infundiendo el heroísmo,  
Que á los hombres diviniza.  
Aquí el renombre enmudece,  
Aquí la gloria se eclipsa  
De cuantos pueblos guerreros  
El sol brillante ilumina.

Pocos versos despues dice el poeta:

Mas ni aceros, ni broqueles;  
Ni impetuosa bizarría  
Salvar la ciudad pudieron,  
Hado cruel, de tus iras.  
Borráronla de la tierra  
Falanges liberticidas,  
A fin de ocultar de Roma  
El vencimiento y mancilla.  
La patria de los valientes  
Quedó en polvo convertida,  
Que al tronar las tempestades  
Los torbellinos agitan.

Suprimimos algunos metros por la brevedad, y continúa el vate:

Esa antorcha de los cielos  
Eternamente atestigua  
El esfuerzo numantino,  
De Scipion la cobardía.  
¡Y á pesar de gloria tanta,  
Ni una lápida sencilla  
El recinto memorable  
Dó fue la ciudad indica! etc., etc.

Mucha más entonacion y ardor patriótico hay en la epístola del escritor aragonés, dirigida por aquellos dias al gran Quintana. Estos son los primeros tercetos con que principia:

Besé por fin las venerandas ruinas,  
Blason eterno de la madre España,  
Ufana con las glorias numantinas.  
Al manso Duero, que los restos baña  
De la invicta ciudad, ríos y mares,  
Envidian tanto honor, dicha tamaña.  
Venturoso quien deja sus hogares  
Por saludar privilegiado suelo,  
Que los Genios escudan tutelares.  
Cual deseaba con ferviente anhelo,  
Desde que florecian mis abuelos,  
Hoy escuchó mis súplicas el cielo.

Cayó el romano imperio poderoso,  
Y la virtud olvida indiferente  
La catástrofe justa del coloso.  
Mas con su voz el entusiasmo ardiente,  
El prez eterno sin cesar progona  
Del pueblo que murió como valiente.  
Así la Providencia galardona  
Por la patria los grandes sacrificios  
De la inmortalidad con la corona.

La dedicatoria á Quintana, es de este modo:

Oh! tú, cantor divino de Pelayo,  
A cuyo acento digno de Tirteo,  
Volvió la España de mortal desmayo,  
Si á mi noble ambicion, si á mi deseo  
Cedes tu lira de oro que algun día  
Al mundo publicó tanto trofeo;  
Celebraré en bellosa armonía  
El heroísmo sin igual, sublime,  
Con que Numancia á Roma desafia.

Día de maldicion, combate aciago  
En que empañó de Roma el puro brillo  
De humana sangre pavoroso lago.  
Armado con el fuego y el cuchillo,  
Cual sombrío cometa resplandece  
De Numancia el intrépido caudillo.  
Guirnaldas á Megara, que oscurece  
Al vástago de ilustres Scipiones,  
Como ante el sol Dictina palidece.

Sentimental, patética elegía  
En sublime y acorde resonancia,  
Acompaña del pueblo la agonía.  
Así de su civismo la fragancia  
Exhala, como el cisne, cuando muere  
Ante el sepulcro la infeliz Numancia.  
Con vivas á la patria el viento hiere,  
Y muerte, cruel muerte y prematura,  
A ignominiosa esclavitud prefiere.  
Fenecen el valor y la hermosura,  
Y á la vejez y amable adolescencia,  
Recibe con piedad la sepultura.

El final de la epístola es el siguiente:

Con vacilante pié, de terror yerto,  
El agresor ejército se aleja  
De la nueve Ilión, que es ya un desierto.  
Sepultada Scipion su fama deja  
En aquel panteon luciente faro,  
Que honor y gloria espléndido refleja.  
Campo de soledad y desamparo,  
Jardin despues en que lozano brota  
El denuesto español, fruto preclaro.  
El denuesto de tanto patriota,  
Digna estirpe del pueblo numantino,  
Que derramó su sangre gota á gota.  
Prez con que Hesperia arrebató al destino  
El cetro del poder en zona tanta  
Como el sol dora en su inmortal camino.  
Desgraciada nacion, cuándo tu planta,  
El polvo vil sacudirá altanera,  
Cual águila que al éter se levanta!  
¡Quién remontar te viera á la alta esfera,  
Alcázar de grandeza y señorío.  
Donde reinaste en venturosa era!  
La plegaria que exhala el pecho mio,  
Con ternura filial, escuche el cielo!  
Reconquiste mi patria el poderío,  
Y muera yo de júbilo y consuelo.

Finalmente el Sr. Bono Serrano publicó una oda, de la que vamos á transcribir algunos fragmentos:

Ved el coloso que á su atroz coyunda  
Al Occidente domeñar consigue,  
Despues que en sangre y destruccion lo inunda.  
Vuelve sus ojos á la noble cuna  
De Megara, Retógenes y Aluro,  
Y en su embriaguez de gloria,  
Considerando el triunfo ya seguro,  
Huella el suelo español; cuando su oído  
Viene á herir de repente  
El nombre de Numancia esclarecido.  
Al escucharlo, es fama  
Que el árbitro de cien y cien naciones  
Exclamó á su pesar estremecido:  
„Los hijos de los fieros campeones,  
„Que espanto fueron del romano imperio,  
„Audaces, ay! rasgando mis pendones,  
„La Europa librarán del cautiverio.“  
Así el incauto cazador que pisa  
Confin de monte umbroso,  
Donde halagado de la blanda brisa,  
Yace el rey de las selvas adormido,  
Gozando las delicias del reposo;  
Si de su pié al ruido,  
El animal terrible se desvela,  
Al agudo y terrífico rugido,  
Que por los ecos repetido vuela  
De caverna en caverna retumbando,  
La sangre al triste en su estupor se hiela.  
Cumplido su fatal presentimiento  
Vió el orgulloso vencedor de Jena,  
Pues *Numancia, Numancia* en ronco acento  
Allá sonando en la region serena;  
El hispano leon despertó airado,  
Y al águila imperial acometiendo,  
Cual rayo de la nube disparado,  
A pesar del vigor y ardiente brio,  
Que mostró envanecida  
Con tanto y tanto prez y poderío,  
El ave coronada cayó herida,



Dilatando su aliento fatigoso,  
Hasta lanzar de Waterloo en los campos  
El postrimer suspiro de su vida.

Tanto pudo el recuerdo  
Del memorable pueblo numantino:  
Del pueblo que vivir y morir libre  
Supo á despecho del fatal destino.  
No importa que lo agobien  
Cuántas funestas plagas, cuántos males  
Con la copa acibaran de amargura  
La existencia infeliz de los mortales.  
En vano se conjura  
Con el rigor del hado,  
Su poder desplegando prepotente,  
El caudillo de Roma despiadado.  
Perece y triunfa la ciudad valiente,  
Humillando á la suerte y á los hombres,  
Que pretendían doblegar su frente.  
Después de otras dos estrofas, que siguen á las anteriores, continúa el vate:

En vano el tiempo, en vano  
Para acallar sus ecos, las cenizas  
De aquella inmensa tumba  
Helar intenta con su fría mano,  
Antes inmóvil quedará la tierra,  
Y oscurecido el astro, que á torrentes  
Su luz al orbe sin cesar derrama,  
Que del fuego inmortal, que allí se encierra  
Puedan los siglos extinguir la llama.  
Llama que nutren genios tutelares  
Con benéfico aliento,  
Para inflamar los pechos generosos,  
Que vienen de la patria en los altares  
Sus vidas á ofrecer con ardimiento.  
Desde allí los Abarcas y Pelayos,  
Y Ramiro y Cides,  
Honor de Hesperia, de Belona rayos,  
Volaron á vencer en fieras lides.  
Y al estruendo de cánticos marciales,  
Que inspiraron, indómita Numancia,  
Tus mil y mil trofeos inmortales,  
La ciudad oriental, que baña el Dauro,  
Y cual bella sultana se adormía  
En brazos del amor y la fortuna;  
Mira sus altos muros desplomarse,  
Y entre escombros yacer la media-luna:  
Mientras el español, que entusiasmado  
Su conquista magnánimo acomete,  
En musulmana sangre ve lavado  
El infando baldon del Guadalete. etc., etc.

(Se continuará.)

DOMINGO HÉVIA.

## LA CÍTARA DE LA EXTRANJERA.

RECUERDO DE MI SEGUNDO VIAJE Á MANILA.

Dedicado á mi querida amiga Angela Grassi.

Era el 17 de Diciembre de 1872, y estábamos anclados en la bahía de Point de Gales (isla de Ceilan): veintisiete días justos hacia que habíamos salido de Marsella.

Point de Gales tiene una campiña deliciosa, y la riqueza de su vegetación es casi igual á la rica vegetación de la fértil y virgen Oceanía.

El día lo habíamos pasado en tierra, muy entretenidos: primero viendo los muchos y variados objetos que los comerciantes Ciglandeses ó Ceilaneses nos mostraban en la fonda donde habíamos ido á parar, siendo acaso lo que más nos llamaba la atención los caprichosos trajes de estos, y sobre todo su peinado de forma enteramente femenina, sujeta por una peineta de concha, lo que les da un aspecto tan extraño que á primera vista no se sabe si son hombres ó mujeres.

Hablando una jerga que no era francés ni inglés, pero que participaba de las dos cosas, nos mostraban todos los variados objetos de su comercio. Elefantes de marfil y de ébano, abanicos, pulseras, pendientes y collares de carey y de ámbar, bastones de varias clases, magníficos abrigos de cachemir para señora bordados con gran perfección, sortijas y pulseras de piedras falsas muy bien imitadas, y otras finas de gran valor. Cestitas de palma de las cuales, cuando se abren, van saliendo cestos y cestas hasta el número de 10 ó 12; en fin, otra porción de cosas tan notables como lindas. Después vimos á un malabar casi desnudo, hacer juegos de prestidigitación con una facilidad y limpieza que hubiera envidiado el célebre Herman y todos los más famosos prestidigitadores de Europa. Le acompañaba otro malabar magnetizador de serpientes, el cual llevaba dos de estas, á las que ma-

nejaba á su antojo tocando en una flauta de caña una melodía sencilla pero no desagradable, á cuyo sonido, y más que todo, creo yo, al influjo de la poderosa mirada del magnetizador, que no apartaba de ellas los ojos, obedecían aquellos temibles reptiles de una manera sorprendente.

Por la tarde dimos un largo paseo en carruaje, admirando aquellos campos feracísimos, aquellos corpulentos y magníficos árboles siempre verdes y aquellas hermosas flores que se renuevan sin cesar, molestándonos únicamente el fuerte olor á almizcle que se notaba en todas partes.

Al anochecer volvimos á bordo, y allí supimos que hasta el día siguiente no podríamos levar anclas, por que el barco no había acabado de hacer carbon.

La noche era deliciosa. Una luna clarísima iluminaba el firmamento y se retrataba apaciblemente en las serenas ondas del mar.

Yo estaba muy cansada y me retiré temprano al camarote. Una brisa fresca y aromática penetraba por la ventana, y desde mi litera podía contemplar aquel cielo tan hermoso iluminado por la diáfana claridad de la luna. Estaba despierta y no sé, sin embargo, si meditaba ó soñaba.

No: mi mente en mil vagos pensamientos  
por regiones cruzando imaginarias,  
el presente y pasado confundidos  
sin norte y sin objeto caminaba.

De repente una melodía dulcísima hirió mi oído, producida por un instrumento de cuerda, pulsado por mano maestra; pero este instrumento no era el violín, no era el harpa, no era la viola ó la guitarra, ni ninguno de los instrumentos de cuerda que yo había oído hasta entonces. Los sonidos que producía eran más expresivos que los del violín, más sonoros que los del harpa y más dulces que los de la guitarra.

Aquella melodía sin palabras, expresaba sin embargo tantas cosas, que en ella había pláticas de amor, dulces caricias, lágrimas de ternura, y al oirla, una melancolía profunda inundó mi corazón, y las lágrimas arrasaron mis ojos. Parecía que en alas de aquellos mágicos sonidos, los espíritus invisibles de mis padres y de mi amado hijo descendían del cielo, me besaban suavemente y me hablaban un lenguaje que sin llegar á los oídos penetraba en el corazón.

Un sueño apacible cerró mis párpados, y entonces vi salir una ninfa del fondo del mar, coronada de perlas y corales, y vestida con una túnica transparente y ondulosa como la espuma de las aguas. En su mano izquierda llevaba una lira de nacar con cuerdas de cristal: era sin duda el melodioso instrumento que yo acababa de oír. Iba á preguntar su nombre á la preciosa ninfa, cuando un movimiento brusco y desagradable me despertó.

Estaba amaneciendo.

El barco había levado anclas, y con la mar picada y viento de proa habíamos emprendido el rumbo hacia Singapore.

¡Qué despertar tan desagradable después de un sueño tan grato! Sin embargo, aquel precioso instrumento pulsado por manos tan hábiles, y que yo había oído antes de dormirme, no debía ser una ilusión.

Apénas entré la camarera lo primero que hice fué preguntarle acerca de lo que deseaba saber.

Es Madama Perez, me contestó en francés, una dama holandesa que va en compañía de su marido á Batavia. El instrumento que toca es la cítara, instrumento muy conocido en Alemania, según he oído decir á Madama Perez, la cual se ha educado allí, y allí lo habrá aprendido.

Pero el apellido Perez no tiene nada de holandés ni de alemán ni de...?

El marido de esa señora, me contestó sin dejarme acabar la camarera, es español, y se llama D. Víctor Perez. D. Víctor Perez!... dije yo sumamente sorprendida.

¿Se acuerda V., mi querida Angela, de la sencilla y patética historia de Ida, una pobre salvaje de la isla de Mindanao, cuya historia escrita por mí, tuvo V. la amabilidad de publicar el año pasado en el CORREO DE LA MODA? Una niña inocente y apasionada que murió de amor por un hombre que creía su esposo? Una niña cuya alma purificada por las benditas aguas del bautismo, estará gozando en el cielo de la dicha de los ángeles?

¿Se acuerda V. de que el culpable amante se llamaba Víctor Perez, el cual (según yo consigné en la citada historia, por noticias que había adquirido durante mi estancia en Filipinas) pereció con toda la tripulación del barco que mandaba naufragando en las costas de Panay? Pues si V. se acuerda de todo esto, comprenderá mi sorpresa cuando oí á la camarera el citado nombre.

Sin embargo, reflexionando un rato, me convencí de

que el marido de la extranjera no debía ser la misma persona que había amado Ida.

Es verdad que aquel se llamaba Víctor Perez; pero hay en España tantos Víctor y sobre todo tantos Perez... En fin, mi curiosidad era grande, y no deseaba más que poderla satisfacer.

La camarera me dijo que Madama Perez padecía de fuertes jaquecas, lo que la había impedido subir sobre cubierta casi todos los días, y sin duda por esta causa no recordaba yo haberla visto, y en cuanto á su esposo nada tenía de particular que no le conociese, porque en viajes de esta clase donde van tantas personas y de tan distintos países es fácil no conocerlas á todas.

Después de almorzar cogí un libro en la biblioteca y en compañía de la linda sobrina del General B., que venía á bordo, y de la que apenas me separaba un instante, subí sobre cubierta.

No lea V.—me dijo mi joven amiguita—que se va usted á marear.

Pues qué quiere V. que haga para matar el tiempo?—la contesté yo.—No tengo gana de bordar, y el entredos de crochet que empecé el otro día, creo, según lo adelantado que está, que no se acabará nunca.

Cuénteme V. un cuento—dijo riéndose mi amiga.—No la contaré á V. un cuento, pero una historia de amor bien podría contársela—dije acordándome de la cítara de la extranjera, y de los amores de Víctor Perez con la joven salvaje de Mindanao.

Cuéntemela V., cuéntemela V.; pero ante todo quisiera saber el título de esa historia.

Le sirve de título el nombre de la heroína que figura en ella, la que para ser una pobre salvaje tenía á la verdad un nombre muy lindo. Se llamaba Ida.

Un brusco movimiento que hicieron á mi espalda, dió un impulso tan grande á la silla en que yo estaba sentada, que estuve próxima á caer.

Volví la cabeza con mal humor para averiguar la causa, y vi que detrás de mí estaba sentado un hombre, en el cual no me había fijado antes, el que se apresuró á levantarse diciendo con voz turbada y balbuciente.

Dispénsame V. señora, que la haya molestado.... no sé cómo estaba colocada mi silla, que he tropezado con la de V. sin saber cómo...

Conoce V. á este español? pregunté á mi amiga.

Sí, mi hermano me ha dicho hace poco, que es el marido de la señora que tocó anoche la cítara.

Al oír estas palabras examiné con curiosidad, aunque con disimulo, al marido de la extranjera.

Era un hombre alto y bien formado y tenía los ojos azules y expresivos. Su mirada revelaba una profunda melancolía, y á pesar de que apenas podía tener unos treinta y tres años, sus cabellos y su barba estaban ya completamente grises.

También el amante de Ida, cuyo retrato me había descrito la persona que me contó su lamentable historia, era alto y bien formado y tenía los ojos azules y expresivos. Sería él?

Abandonó con aire brusco su asiento, y exhalando un suspiro, fué á asomarse á la banda de babor. Le seguí con los ojos, y vi que los suyos estuvieron fijos en el cielo largo tiempo, como si allí buscase lo que acaso en este mundo no había podido hallar.

Un momento después se acercó á él una joven alta y rubia, de andar un poco desgarbado, de rostro bastante bello pero frío y sin expresión, y le puso familiarmente la mano sobre el hombro. El se volvió estremecido como si despertara de un sueño doloroso.

Su mujer, pues era ella, le habló algunas palabras, á las que Perez vi que contestó con dos ó tres monosílabos, volviendo á quedar sumido en su triste meditación.

Matilde, este era el nombre de la esposa de Perez, permaneció un rato á su lado, mas viendo que él no la dirigía la palabra, ni la miraba siquiera, se sentó en una silla que estaba cerca, y abriendo una cartera que llevaba debajo del brazo y sacando un lapiz del bolsillo, se puso á dibujar, pero yo vi correr de sus ojos una lágrima que apresuradamente ocultó en su pañuelo, inclinando la cabeza sobre el dibujo.

Por mi mente vagaban en aquel instante, contemplando á la pobre mujer, estos versos escritos por mi marido hace muchos años:

Hay momentos en la vida  
en que el alma dolorida  
quiere del pecho salir:  
momentos ay! de tristura,  
horas crueles de amargura  
en que se anhela morir.

Verdaderamente, hay dolores morales que son mil veces más amargos que la muerte.

La mujer dibujaba, el marido contemplaba el flujo y



reflujo de las olas, pero ¿quién sabe donde estaba su pensamiento, ni adónde volaba el alma de los dos?

—¿Conoce V. á ese español?— pregunté á uno de nuestros compañeros de viaje señalando á Perez.

—El otro día estuve hablando con él, me respondió. Es hombre que ha viajado y navegado mucho. En un naufragio que sufrió una vez, fué el único que se salvó de toda la tripulación.

—¿Sabe V. si tuvo lugar ese acontecimiento en las costas de Panay, en Filipinas? dije sospechando siempre si sería el amante de Ida.

—No: creo fué en el mar de China, cerca de Hong-Kong. Un barco holandés que viajaba con rumbo á dicho punto le recogió exánime. En aquel barco iba un rico comerciante de Batavia, en compañía de su hija, que es esa jóven que toca tan admirablemente la cítara, pues ha de saber V. que aquella tragedia acabó como acaban las comedias generalmente, con una boda, pero no sé más pormenores porque él no me los ha dado. Lo único que sé del fin de esta historia, que tiene al parecer toda la salsa de una novela, es que despues de casarse el español con la holandesa, han hecho un viaje á Europa, y ahora vuelven á Batavia á reunirse con su padre.

Un naufragio!... ¡Victor Perez!... alto, bien formado, ojos azules!... Si todo esto era casualidad, ¿qué conjunto de casualidades!... ¿Sería el amante de Ida?



FARAON PASANDO EL MAR ROJO.

En la noche del mismo día, casi todas las señoras nos habíamos reunido en la cámara alrededor del piano, y los aficionados á la música se habían agrupado cerca de nosotras.

Allí había españoles, ingleses, alemanes, franceses, irlandeses, suizos, en fin, estaban representadas casi todas las naciones de Europa, pero la música es el verdadero lenguaje universal, y tiene además el poder de penetrar en todos los corazones.

Una jóven y linda francesa cantó con sumo gusto la preciosa y conocida serenata de Gounod. Otra señora una melodía inglesa, pero el idioma inglés, lo mismo que el alemán, son muy poco á propósito para el canto, y suenan muy desagradablemente en oídos italianos ó españoles. Sin embargo, un jóven alemán cantó una tierna y popular balada de su país, con tan hermosa voz y delicado gusto, que fué muy aplaudido.

—Y V. ¿no toca esta noche?— me preguntó la linda francesa que había cantado la serenata de Gounod.

—No sé que tocar—respondí maquinalmente, porque hacia tiempo que estaba distraída contemplando á Madame Perez, la que sentada cerca del piano, y al parecer absorta en escuchar los acordes de la música, debía tener su pensamiento lejos de allí. Seguí la dirección de sus miradas y ví que contemplaba á su esposo, el cual, apartado de los que tocaban y cantaban, estaba jugando al ajedrez con un caballero anciano.

—Toque V. el final del *Ernani*, me dijo la francesa.

Me senté al piano y toqué aquel precioso trozo en que ha derramado Verdi tanta pasión y sentimiento. Cuando me levanté ví que Perez se había acercado al piano.

El Comandante del *Donai* (nombre del vapor en que hacíamos el viaje), que era una persona muy amable, entabló con él una conversacion sobre lo mucho que le gustaba la música española, y sobre todo las malagueñas, que había tenido ocasion de oír una vez que había estado en Andalucía.

No pude oír lo que siguieron hablando, porque se habían apartado un poco de donde yo estaba; pero ví que Perez dirigiéndose al piano y recorriendo con agilidad el teclado, empezó á preludiar unas malagueñas.

Aquella música sencilla pero llena de ternura y de gracia, tuvo el poder de llamar la atención en tales términos, que todas las conversaciones se suspendieron. Entonces Victor, con voz sonora, pero llena de dulce melancolía cantó las siguientes coplas.

Para olvidarte he corrido  
por el mundo sin cesar,  
pero es más fácil morir  
ay! que poderte olvidar.

Porque no me ven llorar  
piensan que gozando estoy,  
y no saben que la muerte  
va siempre en mi corazón.

Eran sus ojos dos soles



DAVID PRESENTANDO LA CABEZA DE HOLOFERNES.



LA HIJA DE JEPFTÉ, CONDUCTIDA AL SACRIFICIO.



DEBORA CLAVANDO LA CABEZA DE SISARA.

#### CUADROS BÍBLICOS.

que alumbraban mi existencia,  
en la tumba se ocultaron;  
para mi solo hay tinieblas.

Mis dolores escondí  
en lo más hondo del pecho,  
mas Dios, con hilos de plata,  
los dibuja en mis cabellos.

En las playas de Oceanía  
encontré una perla negra,  
la perdí sin conocer  
que era mi sola riqueza.

Una perla negra!... Unos ojos como soles... La Oceanía!... Indudablemente, era el pérfido amante de Ida, pero por otra parte pensaba yo, ¿qué enamorado no ha visto en los ojos de su amada claros luceros, soles radiantes de brillo y de luz! y ¿quién no ha perdido su perla negra, es decir, la dicha que á veces podríamos cojer fácilmente con solo alargar nuestra mano, y que sin embargo, la dejamos escapar porque no comprendemos su valor hasta que la hemos perdido!

Matilde fué invitada á su vez con gran instancia por parte de todos para que tocara la cítara. Su marido fué á buscar el bíblico instrumento al camarote.

La cítara es un instrumento muy parecido en su forma  
Ayuntamiento de Madrid

á la guitarra, aunque más pequeño. Las clavijas son de metal, y las cuerdas iguales ó parecidas á las del piano. Para tocarla se coloca horizontalmente sobre una mesa.

Matilde ejecutó la preciosa y sentimental melodía que tanto me había encantado la noche anterior. Al oír la tuve que hacer un supremo esfuerzo para no llorar.

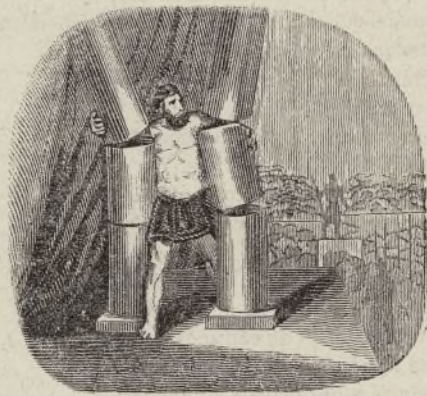
El semblante frío y poco expresivo de la extranjera, parecía trasformarse tocando, y yo creí entrever detras de aquella fría máscara de hielo, un volcan de fuego y de pasión.

Las notas de la cítara volvían á tener palabras para mí, y yo escuchaba que el alma de la jóven pronunciaba quejas dolorosas contra su destino. Ella había soñado unirse á un hombre amante y cariñoso, y había creído encontrarle.

Le había amado, le amaba siempre: mas ay! aquel hombre, jóven aún, pero decrepito y gastado de corazón, cómo podía hacer feliz á aquella alma de veinte años, virgen y pura á todas las sensaciones...

La cítara calló y yo levanté los ojos como si despertara de un sueño. Todos aplaudían á Matilde: ella dió las gracias, y como ya eran las once, nos dispusimos á retirarnos á nuestros camarotes.

La ví alejarse apoyada con descuido en el brazo de su esposo. El iba riéndose y hablándola, y ella le miraba tiernamente.



SANSON DERRIBANDO LAS COLUMNAS DEL TEMPLO.

Todo había sido ilusión mía: sin duda aquel Víctor no debía ser el Víctor que yo pensaba.

En el mundo hay muchas fisonomías, muchos nombres y muchos dolores que se parecen. Aunque por distintos caminos, siendo igual en su principio, y más igual aún en su fin la triste humanidad, ¿qué extraño es que se hallen en ella estas semejanzas?

Cinco días despues llegamos á Singapore, donde todos debíamos separarnos, quedando únicamente en el *Donai* los pasajeros que iban á Cochinchina y á China.

Pobre *Donai*! á su vuelta á Europa se ha perdido, segun me han dicho, cerca de Point de Gales, logrando salvarse afortunadamente toda la tripulación y pasajeros.

También se llega á tomar cariño, aún sin ser marino, á esa casa de tablas que se llama barco. Pobre *Donai*! tu hermosa cámara, tus limpios camarotes, tu extensa y alegre toldilla, en donde la víspera de nuestra llegada á Singapore se improvisó un teatrillo en el que los maquinistas y marineros ejecutaron juegos de manos y cantaron graciosos vaudevilles; tu toldilla donde tantas veces en los días de fiesta oímos el santo sacrificio de la misa que celebraba un sacerdote italiano, que iba entre los pasajeros; pobre *Donai*! dónde estás? Tú has desaparecido para siempre en el profundo seno de los mares que habías cruzado tantas veces tranquilo y fuerte, semejante al valeroso guerrero, que despues de haber salido triunfante en cien combates, ve cortar el hilo de su vida por un débil soplo de viento.

¡Victor!... Matilde... la jóven y linda francesa, aquellos alemanes, holandeses, ingleses... todos en fin, los que allí fuimos reunidos bajo un mismo techo, ó un mismo cielo, por espacio de treinta días, nos volveremos á ver? Es probable que no...

Todos, á semejanza del barco que nos conducía, iremos vogando con más ó menos fortuna por el piélago de este mundo hasta perecer en él; mas, ¿qué digo! perecer, no es perecer, es vivir.

El mar está aquí, el puerto allá arriba donde brillan las estrellas y el sol vivifica los mundos con su ardiente luz.

JOSEFA ESTEVEZ DE G. DEL CANTO.

#### EL HOSPITAL DE SANTIAGO.

Fué fundado este magnífico hospital por los reyes católicos, despues de la conquista de Granada, dotándolo de una manera espléndida y viniendo luego á aumentar su riqueza los votos de América, de modo que allí, tanto





EL CORREO DE LA MODA  
*Periódico ilustrado para las Señoras*

Plaza de Prim II, 3.

Ayuntamiento de Madrid





los enfermos como los peregrinos, eran tratados con suma largueza y profusion no conocida en parte alguna.

Su fábrica es una de las más hermosas y soberbias que cuenta la ciudad en su seno, y su fachada y los primeros patios pertenecen al renacimiento, siendo difícil hallar un ejemplar más completo y mejor de este género de arquitectura. Multitud de estatuas llenan los nichos de la portada, descollando entre ellas y en primer término las estatuas de Adán y Eva; con que el genio simbólico del arquitecto de la Edad Media pretendió dejar escrito á la puerta del edificio el objeto de este.

Sobre la puerta y en bajo relieve, se ven los bustos de los reyes fundadores, y el arco de dicha puerta, como todas las de estilo gótico, está decorado con muchas estatuitas. Prolijosería enumerar todas las bellezas artísticas que encierra este grandioso monumento de la fe de nuestros padres, bastándonos decir que, á pesar de su actual decadencia, aún excita la admiración de cuantos lo visitan.

EDUARDO LOPEZ.

### CLEMENCIA.

(Continuacion.)

XXI.

Al separarse D. Félix de Clemencia, salió de los jardines como un loco, y por mucho tiempo no pudo darse cuenta de lo que sentía.

La imagen de la pobre enferma, empalidecida por el sufrimiento, se había grabado en su alma con caracteres de fuego; creía verla siempre trémula, enamorada, pero digna y pura, contestar á sus delirantes palabras para hacer un nuevo sacrificio en aras del deber que la asesinaba.

Clemencia era su único y verdadero amor, ardiente, impetuoso, y cuyos delirantes deseos adquirían nueva violencia al pensar que la muerte iba á arrebatárle la posición de tan adorada criatura.

Las lágrimas, sangre del alma, acudían á sus ojos inflamados por su delirio y aceleraba el paso como si tratara de huir de su desdicha.

El triste desenlace de sus romancescos amores con Clemencia, hacía tanta más impresión en D. Félix, cuanto que era la primera vez que atajaba su camino una dificultad tan inmensa como una montaña cuya cima se pierde en las nubes, y para pasar por la cual son inútiles todas sus tentativas. Sus riquezas, su nombre, su varonil y magnífica hermosura, y más que nada quizás, la poderosa mirada de sus ojos, habían sembrado de triunfos su vida; la impenetrable reserva que guardaba respecto á ellos, eran un mérito más, y si lo hubiera deseado, otras muchas más hermosas que Clemencia hubieran procurado consolarle de la pérdida de esta.

—No, no, decía para sí; Clemencia no me ama: si supiera lo que yo sufro, no podría ser tan fuerte. Procuraba olvidarla, y de continuo pasaban por su cerebro todos los recuerdos de ella, como una exposición de cuadros disolventes.

Primero veía la niña hermosa, cuyo candor é inocencia inspiraban amor á todos los hombres, y simpatía á todas las mujeres; rica sin orgullo, caritativa sin afectación, en la cual se apoyaba su madre como en el ángel de su guarda.

Después la joven digna, consuelo de sus ancianos pa-

dres, que enteramente pobre llevaba tan altiva la frente como en la época de su opulencia, y hallaba todavía medios de practicar su insaciable caridad.

Mendoza, audaz siempre en sus amores, había respetado á Clemencia, como el cristiano respeta el santuario, donde se encierra el pan místico entre velos de oro y seda. Jamás una mirada ni una frase la hicieron ruborizar en su presencia.

Esta delicadeza, nunca desmentida, era para ella la

Era la primera hora de un nuevo día.

Densas nubes encapotaban el cielo, barridas por un viento fuerte y seco, que silbaba y se retorcia en las ramas de los árboles. A veces rasgaba la oscuridad el cárdeno reflejo de un relámpago, y en lontananza rujía el trueno como un león preso que desea romper su cadena.

Un bulto inmóvil aparecía en la esquina de la calle Nueva, interrogaba con ansiedad todos los rumores, es-

perando hallar entre ellos el eco de la voz ó los gemidos de Clemencia.

A pesar de lo desagradable de la noche, D. Félix se había quitado el sombrero; su frente abrasaba, su inquietud era horrible.

Hacia tres días que no veía á la mandadera, y por consiguiente nada sabía de Clemencia.

El motivo de la ausencia de Magdalena era que un hijo suyo pequeño estaba peligrosamente enfermo, y no se separaba de él de día ni de noche.

D. Félix, que no podía saberlo, sufría horriblemente.

Con los ojos inyectados de sangre, la respiración ansiosa y el corazón desgarrado, interrogaba á aquellas paredes mudas, cuyo silencio le espantaba.

Habría muerto Clemencia?

Esta idea le heló de terror y por más que quiso ahuyentarla se asió á su cerebro como se enlaza al cuerpo una culebra.

—Es preciso que la vea, murmuraba, tal vez está agonizando sola, sin auxilios, porque su padre es un pobre idiota.

Y se agitaba y su ansiedad crecía por instantes.

De repente una violenta ráfaga del aire, abrió los cristales del mezzquino balcon que coronaba la fachada, é hizo saltar en pedazos muchos de ellos.

Un grito ahogado de don Félix se unió á este estrépito.

Acababa de tener una idea audaz, que á él le pareció inspirada del cielo.

Acercóse al pie del balcon y gracias á inauditos esfuerzos, logró alcanzar uno de sus hierros, que en las casas antiguas sustentan los balcones; una vez asido trepó hasta llegar á él.

Sus manos se habían destrozado pero sin sentirlo.

Las palpitaciones de sus sienes y su corazón, le ensordecieron de tal modo,

que aún cuando lo hubieran seguido no podía percibir nada; en honor suyo podemos asegurar que al acometer tan atrevida empresa, no obedecía á ningún sentimiento culpable. Lo único que deseaba era verla.

Al entrar en una sala ruinosa, á que pertenecía el balcon, D. Félix procuró evitar que se oyeran sus pasos; llegó hasta la puerta, que solo se cerraba con un miserable pestillo, la abrió, y salió al corredor.

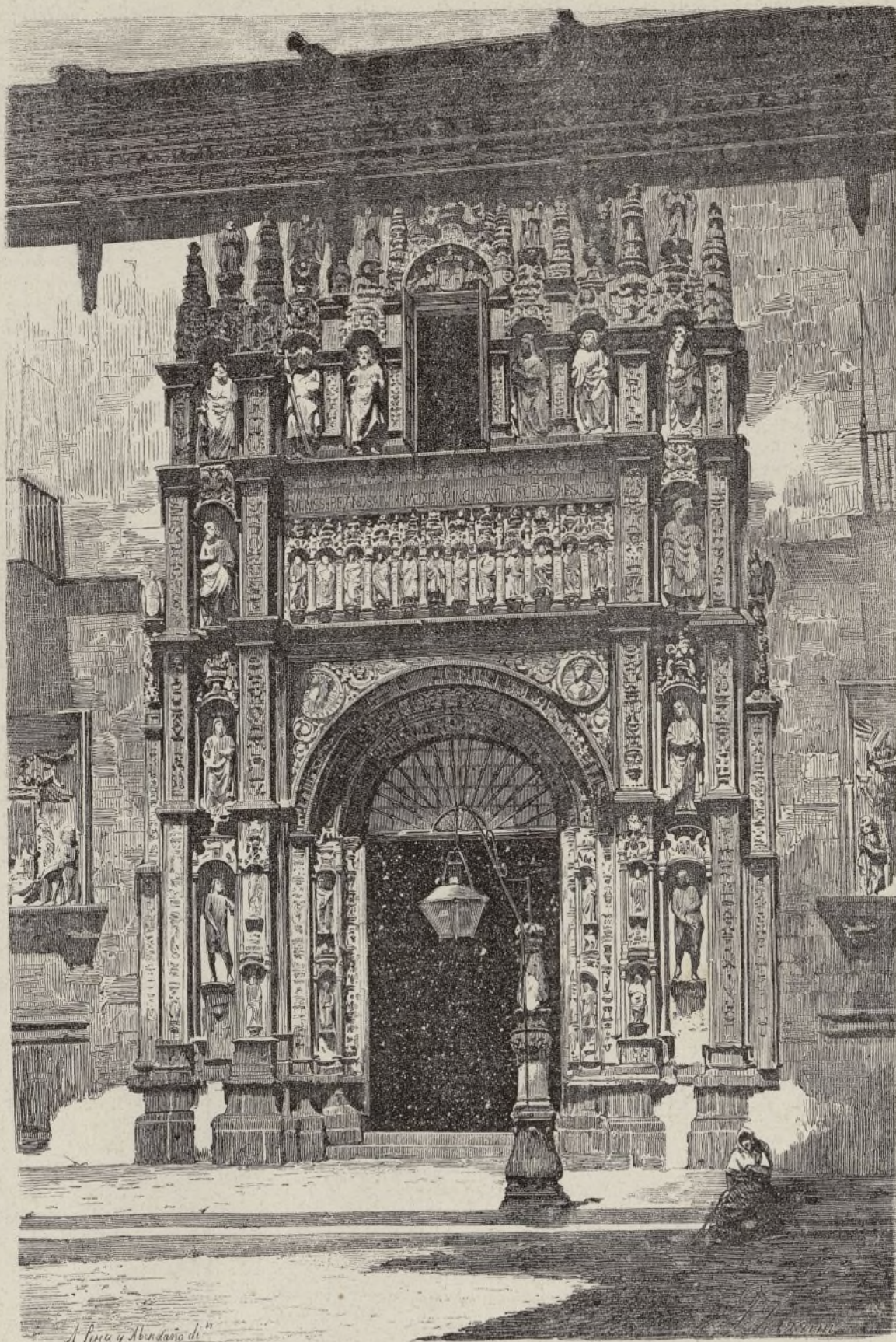
Hasta entonces había obedecido á un vértigo, pero el primer pensamiento razonable, cayó en su cerebro, como un vaso de agua helada.

Qué iba á hacer? Con qué pretexto se presentaría á ella?

Pero á estas ideas su corazón se rebelaba y le decía tan alto que no dejaba oír nada más.

—Está á dos pasos de tí, anda, anda.

Enamorado, ansioso, enteramente loco, adelantó, lle-



PORTADA DEL HOSPITAL DE SANTIAGO.

mejor prueba de la pureza de sus intenciones; porque decía con una lógica admirable: Si no me amara como yo deseo, había de ser tan respetuoso conmigo?

Clemencia soñaba con un día en que apoyada en el brazo de Félix, pudiera desafiar á la desgracia.

Félix soñaba que llegara á ser el amor de la joven tan inmenso, que pudiera olvidar la blanca encomienda de San Juan, para embriagarse con los delirios de la pasión. Ay! todos los ensueños agradables tienen el despertar triste. Félix había conseguido que Clemencia le amara tanto, que se moría al considerar imposible un amor legítimo á su lado.

XXII.

El reloj de la Giralda acababa de lanzar una nota sola, que se perdió en el espacio.



gó á la puerta que entreabrió sin ruido, y entró con la frente ardiendo y temblando de frío.

## XXIII.

Un perfume acre de humedad, ese olor que se percibe en todas las habitaciones que despues de estar largo tiempo cerradas y amuebladas, se desalojan del todo, hirió á D. Félix al par que veía con sorpresa, á la ténue claridad que penetraba por los cristales, un extraño desorden.

Una mesa, una sillita baja delante de la ventana, junto á un cestillo de labor, y el lecho sin colchones, era lo único que habia.

La habitacion estaba desierta.

Aterrado Mendoza, pero con el valor que resta la fiebre, adelantó á tientas á la alcoba, y tocó empapado en sudor frío, sus paredes húmedas y solitarias.

Vacilante como un hombre ébrio, volvió á la sala; entretanto, cortadas las nubes, los dulces rayos de la luna iluminaban la habitacion.

No habia lugar á la duda ni á la esperanza.

Clemencia se habia ido, pero adónde?

Al extender su crispada mano para apoyarse en la mesa, D. Félix tropezó con un papel y lo arrugó convulsivamente.

Se acercó á la ventana, lo extendió, y vió letras medio borradas quizás por el llanto; cuando el velo que enturbiaba sus ojos se lo permitió, pudo leer algunas palabras, trazadas por la temblorosa mano de Clemencia.

"Adios, Félix, adios para siempre. Mi sobrino Jaime ha dispuesto llevarnos con mi hermano, y hoy mismo nos ponemos en camino. Al separarnos hasta la eternidad, solo te pido que me olvides y seas feliz. Yo te aseguro..."

No habia escrito más, ¿que habia impedido á la pobre jóven concluir su despedida?

D. Félix guardó la carta en su pecho y recogió una rama de olivo bendito que habia sobre el alfeizar de la ventana. Era la que coronaba el lecho de Clemencia, y lo único que restaba de ella á su amante.

Pero al separarse de aquel recinto, donde tanto habia amado y sufrido la infeliz, sintió como si se le rompiera el corazon; cayó sentado en la sillita baja donde ella habia labor y solo con Dios, su amor y sus recuerdos, lloró con ansia, con delirio, con desesperacion.

## XXIV.

A la misma hora en que D. Félix recogía por tan extraño medio la despedida de Clemencia, un barco cómodo y ligero, bajaba tranquilamente el Guadalquivir en direccion á Cádiz, donde debia detenerse un dia para seguir despues su derrotero.

En la cámara, tendida en un lecho, alentaba apenas Clemencia.

A su cabecera se hallaba su sobrino que la miraba con compasivo interés.

Y no lejos D. Jaime, que á falta de tintero y plumas, trazaba con el dedo círculos en el aire y ajustaba cantidades imaginarias.

(Se continuará.)

ISABEL CHEIX.



Á LA DISTINGUIDA POETISA

SENORITA DOÑA ISABEL DE VILLAMARTIN.

## Anacreóntica.

¿Por qué mi fantasía  
Remonta audaz el vuelo,  
Y surca los espacios,  
Y llega al firmamento?  
¿Acaso me deslumbra  
El sol con sus destellos,  
Que dora la enramada  
Del ruiseñor parlero?  
¿Será tal vez la linfa  
Del nítido arroyuelo,  
Cuyo tranquilo curso  
Despierta mis recuerdos?  
¡Ah, no! porque otras veces  
El sol no era tan bello,

Ni hermosa la enramada,  
Ni claro el arroyuelo.

Si audaz cruza la esfera  
Mi ardiente pensamiento,  
La cruza porque escucho  
Tus armoniosos ecos.

Suspiros amorosos  
Encubren tus acentos,  
¡Oh, reina de los valles  
Las auras y los céfiros!  
¿Mas cómo he de expresarte,  
Si yo soy un coplero,  
La admiracion y el culto  
Que rindo á tu talento?

Graciosa filomena  
Absorta en tus ensueños,  
Sorprenden tus canciones  
Las sombras y el misterio.

¿Cuánto ensalzar quisiera  
Con mágicos conceptos,  
La inspiracion que brota  
De tu sublime plectro!

Quisiera ser el fénix,  
Quisiera ser un genio,  
Vivir eternamente,  
Reinar en tu cerebro;

Y en vez de este romance  
De límites estrechos,  
Trovara yo á tus glorias  
La octava y el soneto.

Si fuese buen poeta  
Y no mal romancero,  
Diria que tus ojos  
Estrellas son del cielo.

Diria que eres bella,  
Diria que tu aliento  
Perfuma de las flores  
Los caprichosos pétalos.

Diria que tu rostro  
Simpático y risueño  
Matar mi amor podría  
Sino estuviera muerto.

Y digo tantas cosas  
En amorosos versos,  
Porque es tu donosura  
Igual á tu talento.

ANTONIO FERNANDEZ VALLEJO.

## LA INCONSTANCIA.

En la vega toledana  
Donde bajo altivo puente  
Se desliza la corriente

Del Tajo, que la engalana,  
Rosaura, sol de la vega,  
Persigue el vuelo afanoso  
De una gentil mariposa

Que á ser cautiva se niega.  
Sin cuidar de su amador  
Que con ardoroso anhelo  
Persigue á su vez el vuelo

De la garza de su amor,  
Entre suspiros profanos  
Con que su pecho dilata,  
Tras la mariposa ingrata

Traspone alturas y llanos.  
Pero en vano se fatiga  
La rubia zagala hermosa;  
Más veloz la mariposa

Que su incansable enemiga,  
Esquiva en rauda aleteo  
Por el amor de las flores  
Los siempre caros amores

De la prision del deseo.  
Y de tan vana porfía  
Cansada al fin, la zagala,  
Mostrando toda su gala

Al sol que celos la envía,  
Suspendiendo su carrera  
Abre ancho cauce al pesar,  
Rompiendo en turbio llorar

Cual si mal de amor hubiera.  
Lenio, amante el más rendido,  
Con el alma lacerada  
Al mirar las de su amada

Dió sus penas al olvido;  
Y acercándose á la bella  
Entre apenado y quejoso,

Bien que con eco amoroso  
La dirigió esta querella:

— ¿Por qué lloras mi Rosaura?  
¿Por qué aumenta ese rocío  
El claro caudal del río  
Y la frescura del aura?

¿Por qué entre tanto suspiro  
Tu corazon perlas llora  
Nublando la dulce aurora  
De ese cielo en que me miro?

Vuelve á mostrarte serena,  
Suspende, por Dios, tu llanto,  
Que yo que te quiero tanto  
Muero cuando tienes pena.

¿Qué pueden darte, querida,  
Las aves de ricas galas  
Si cuando pierden sus alas  
Pierden con ellas la vida?

Dios las hizo voladoras  
Para que libres vivieran:  
¿Qué mucho, pues que no quieran  
Halagos de cazadoras!

Deja que allá entre las flores  
Luzcan mejor su donaire,  
Que allí, esas hijas del aire  
Tienen sus libres amores.

¿Tú, por ventura, no sabes  
Que es el amor, en esencia,  
La única dulce existencia  
Que pueden vivir las aves?

Y al perseguirlas, ¿no viste  
Que entre tus veloces giros  
Lanzabas hondos suspiros  
Que iban poniéndome triste?

Y ahora que en gratos momentos  
Por loco afán no te ajitas,  
Ahora que acaso palpitas  
A impulso de mis acentos,

¿No vé mi ninfa querida  
Que con las perlas que vierte  
Me va matando de suerte  
Que es una muerte mi vida?

Escónde, Rosaura hermosa,  
Las nubes de tus pesares;  
Goza en aquestos lugares  
Morada más deleitosa,

Y olvida por otro bien  
Esas tus vanas quimeras;  
Porque en las verdes riberas  
Que mi desconsuelo ven,

El alma de mis amores  
Buscando en tu amor su estrella,  
Vale más que la más bella  
Mariposa de las flores. —

Dijo Lenio. Y más humana  
A la voz de su amador  
Mostrándose aquella flor  
De la vega toledana,

Dió señal en su semblante  
De ser sensible á la queja;  
Mas cuando á dulce conseja  
Pareció ceder amante,

Levantóse altivamente  
Yendo á grabar su desvío  
En los cristales del río  
Como Narciso en la fuente:

Pero de admirar cansada  
Su propia imagen risueña,  
Cual corza de breña en breña  
Con la quietud mal hallada,

Revolvióse, á otro cuidado  
Dando en el alma hospedage,  
Pues tras el vario plumage  
De un gilguerrillo del prado,

Tendió sus miradas  
Olvidando en nuevos giros  
Querellas, ondas, suspiros,  
Amores y mariposas.

Y corriendo desalada  
Sin cuidar de lo que hacian  
Los ojos que la seguian  
Con su más triste mirada,

Al cabo en fronda alameda  
Se perdió á la vez que el ave,  
Mientras solo un alma sabe  
Cómo la de Lenio queda.

S. VERA DE LEON.





## HISTORIA DE UN PINO.

¡Bendito el que rasga con mano audaz el negro crespon del olvido que cubre los monumentos históricos de su patrio suelo: bendito el que remueve el polvo de las tumbas, para mostrar á la pública veneración los despojos de aquellos que fueron emblema de las virtudes heroicas de otros tiempos!

Hoy, que á la voz de uno de los más ilustres escritores de la hermosa Cataluña, todas las miradas se han fijado en Ripoll, en la antigua Ricópolis, fundada por el piadoso Recaredo, en la pintoresca villa que se espeja en dos caudalosos rios y se esconde bajo el follaje de las mil huertas que la cercan, también late mi corazón de entusiasmo, también buscan mis ojos al través de los espacios ese suntuoso templo en donde duermen el eterno sueño nuestros invictos paladines, y cuyas piedras, cubiertas ahora de musgo, son otras tantas hojas imperecederas del libro de nuestras glorias.

Cuando yo me senté por primera vez á la sombra de tus muros, solitario monasterio; cuando recorrí tus claustros desiertos y silenciosos, iba sosteniendo el cansado paso de mi madre, y el eco de los latidos de su corazón se confundía con el eco de tus bóvedas!

¿En dónde estás, Ripoll? ¿en dónde estás, madre mía?

Era una hermosa tarde del mes de octubre, mes en que el árbol deja caer tristemente al suelo sus postreras hojas; en que el azul del firmamento es pálido, en que son quejas los murmurios de la brisa, tristes quejas el canto de las aves, que presienten el invierno, y suspiros los que exhala el corazón del hombre que vé reflejada en todas partes la imagen del mañana árido y sombrío.

Desde una de las ventanas del piso alto del claustro, contemplamos durante largo tiempo el más bello panorama que pueda soñar la fantasía.

A nuestros pies Ripoll, con sus casas agrupadas y negruzcas, á causa del humo del carbon de piedra; sus calles estrechas, pero limpias y empedradas; sus antiquísimas iglesias, y su plaza mayor, adornada por un lado de soportales y llena de una multitud activa é inquieta, que iba y venía, afanosa, ocupada tan solo de los negocios positivos de la vida.

Allá el Ter y el Freser, que corren magestuosamente á los dos lados de la villa, y que reuniéndose en su extremo meridional, la encierran en una como península, facilitando la comunicación con los arrabales dos sólidos puentes de cantería, de un solo arco y de considerable altura.

Mas allá, diseminados por la campiña, y perdidos entre océanos de follaje, molinos harineros, fraguas de hierro, fábricas de tejidos, pintorescas ermitas, y por último, á lo lejos, los altos y escarpados picachos de los montes, cubiertos con una bruma azulada que casi se confundía con las nubecillas del cielo.

Y para completar el bello cuadro, los postreros rayos del sol, jugueteando sobre las ondas, ó dorando las puntas de los árboles, y los céfros revoloteando aquí y allá, esparciendo por todas partes perfumes y armonías....

¿Por qué se detuvieron mis miradas en un pino gigantesco, que descollaba solitario sobre un monton de ruinas, contrastando el verde lozano de sus hojas con las piedras amarillentas y desquebrajadas, esparcidas á sus plantas? ¿Es que ofrecía á mi consideración la imagen de la virtud, que se eleva triunfante sobre los despojos de las pasiones mundanas, que espiran apenas nacen? ¿Es que con los ojos del alma leía en cada una de sus hojas la página de una misteriosa historia?

—¡Ese pino, me dijo sonriendo el bondadoso anciano que nos acompañaba, y que habia seguido la dirección de mi mirada, ese pino recuerda uno de los sucesos mas heroicos de la heroica Cataluña!

Y habiendo visto la curiosidad pintada en mi semblante, prosiguió con dulce tono.

—Hace de esto mucho tiempo. El piadoso Seniofredo, que gobernaba allá por los años 962 el condado de Barcelona, y que descansa en paz en esta Iglesia, murió desastrosamente de una caída, al ir á visitar las obras de reedificación que se practicaban en el Monasterio de San Miguel de Coxán.

Seniofredo no dejó hijos ni hijas, pero sí hermanos, que debían necesariamente sucederle en el poder, según las leyes que regían entonces el país.

Así, todos los historiadores Catalanes se pierden en inútiles conjeturas al querer investigar la razón que pudieron tener los barceloneses, tan probos siempre y justicieros, para despojar á Oliva de su sagrado é incontestable derecho, pues era el mayor de los hermanos de Seniofredo, y elegir á Borrell, Conde de Urgel, su primo hermano.

Engolfados en el vasto campo de las suposiciones, los unos afirman que este fué un milagro de la Providencia, que quiso premiar en Borrell el generoso desprendimiento de su padre Suñer, quien llamado á gobernar los estados, durante la menor edad del difunto Seniofredo, no quiso alzarse con el poder, como se lo aconsejaban sus parciales; otros la atribuyen á la poca religiosidad de Oliva en sus primeros años, tildándole injustamente de cismático; y otros, en fin, á sus imperfecciones físicas, pues era cojo y tartamudo, en tal disposición, que para pronunciar cada palabra golpeaba repetidas veces en el suelo con los pies, de lo que le vino el sobrenombre de Oliva Cabreta.

Los historiadores quieren darnos el por qué de todas las cosas, y en su afán por conseguirlo, inventan los mayores absurdos, sin acordarse jamás de que casi siempre son causas frívolas ó pasiones fogosas que no se hermanan bien con la severa y positiva historia, las que determinan esos grandes acontecimientos que trasforman la faz de las naciones.

En cuanto al suceso que nos ocupa, yo sé positivamente que el secreto que encierra lo guarda ese pino bajo su rústica corteza.

En 962, Oliva era joven aún, y por su carácter, dulce y bondadoso, por sus nobles ideas, querido y respetado de los barones, nobles y ricos hombres de Barcelona.

Es verdad que, como Borrell, no habia cojido muchos lauros sobre el campo de batalla, ni habia ilustrado, como él, su juventud con prodigiosas hazañas, porque era naturalmente pacífico y benigno; pero tenia el alma digna, incapaz de sufrir una injuria, y un corazón amante, cuyas dotes le hubieran hecho ser el padre bendecido, al mismo tiempo que respetado de sus vasallos. Además, si no tenia como Borrell una gallarda apostura, su rostro era bello y sus modales nobles y distinguidos, no enteramente indignos de la magestad del trono.

Era una tarde también de otoño, melancólica y apacible, y en el jardín de una casa, situada junto al Borne, en Barcelona, se divertían cojiendo flores, dos jóvenes hermosas. La una se llamaba Ermengarda, la otra Aymerudis. La primera era hija del noble señor de Paredes y la segunda debía el ser á unos oscuros labradores; pero habiendo cautivado con su prodigiosa belleza al sensible Oliva, este la habia confiado á los cuidados de Paredes, interin su hermano Seniofredo le daba su consentimiento para llamarla esposa.

Cinco años se habian pasado en esta expectativa, y ambas jóvenes, que casi habian participado juntas de los juegos de la infancia, se habian amado hasta entonces con apasionado cariño; pero hacia ya muchos meses que al despertarse por la mañana no cambiaban entre sí, su ósculo fraternal, ni lo cambiaban por la noche, al recostarse en sus lechos virginales.

Ambas cojian flores con febril impaciencia, y casi, por que inclinándose, podían recatarse mutuamente las lágrimas que corrían por sus mejillas.

De pronto resonó una voz en el vestíbulo, y las dos se estremecieron, y las dos se apoyaron en un árbol para no caer al suelo.

Un joven apareció en lo alto de la escalera. Era Oliva. Su rostro, siempre pálido, estaba coloreado en aquel momento por la emoción, y sus ojos dulces y melancólicos tenían un brillo inusitado.

Se dirigió hácia Aymerudis, retardando el paso á medida que se acercaba á ella, y cuando estuvo á su lado, durante mucho tiempo, no pudo pronunciar ni un solo acento.

—Hermosa mía, balbuceó por fin, Dios ha secundado mis votos. Lo que no puedo darte en belleza, te lo daré en gloria y esplendor. Soy conde de Barcelona.

Las dos jóvenes lanzaron un grito de angustia, y Ermengarda huyó apresuradamente, perdiéndose á lo lejos entre los perfumados bosquecillos.

—¡Te amo! Prosiguió Oliva con voz temblorosa. ¡Oh! cuanto te amo, Aymerudis! Solo he comprendido la inmensidad de la adoración que te profeso, al recibir esta tarde el público testimonio de los barones, que me proclaman, como es justo, su monarca. ¡Cuán bella estarás en el trono, con la frente ceñida de diamantes, teniendo á tus plantas un pueblo que te adora! ¿Te acuerdas del primer día que te ví? Era una tarde como esta. Yo me habia extraviado en la caza, y volvía á Ripoll por una senda desconocida, abrumado de fatiga, abrasado de sed.

Te ví sentada en el tronco de un pino, que sombreaba tu rústica casita.

—Niña, dije ¿me permites descansar? ¿quieres darme un poco de agua?

Te levantaste y sonriendo con una gracia encantadora, me presentaste un taburete, y una taza blanca, llena de agua. En aquella taza bebí el hechizo que me encadenó á tus pies.

ANGELA GRASSI.

(Se continuará.)

## FLORES DEL BOSQUE.

Flores del bosque que naceis al pié de la frondosa encina, cuyas ramas ocultan á la fuente solitaria; yo gozo en veros suspendidas como estrellas perfumadas que se miran en el cristal de las aguas.

Yo gozo en veros por la mañana, cuando el sol os busca en medio del musgo, agrupar en rojos festones, y desarrrollar ligeras vuestro espiral en torno del ramo que mece el soplo del blando céfiro.

Rosados agavanzos, madreselvas trepadoras, ninguna mano os cultiva, floreciendo sin arte, á la vista de Dios, en el gran jardín de la naturaleza. Un pincel invisible colora vuestro pétalo; el alba os baña con su rocío; un rayo de sol os enjuga, y abris vuestras flores.

Corolas puras, suaves cálices de las flores del bosque, vosotras exhalais el aroma que la brisa lleva á las regiones del cielo, como para dar gracias al autor de vuestro ser.

Estos ténues suspiros, esas voces misteriosas, apenas perceptibles, ¿no son, por ventura, la expresión secreta de vuestro homenaje al Criador de todas las cosas?

¡Sí; estoy seguro que me ayudais á bendecirle. Flores del bosque, yo os amo, porque también vosotras sabeis orar.

O. C.

## INVENTOS.

Los anteojos fueron inventados en el siglo XIII por un fraile de Pisa llamado Alejandro Spina.

Los alfileres se inventaron en Inglaterra hace 327 años. Las letras de cambio se usan en el comercio desde el siglo XII.

El tabaco se consume hace más de 300 años.

Los fuelles fueron inventados por los alemanes á principios del siglo XVII.

Las capanas se conocen hace 1459 años.

Los relojes de bolsillo se usan desde el siglo XVI.

Se empezó á moler el trigo en molinos, hace 1425 años.

Los pesos y medidas se conocen hace 3375 años.

La pintura al óleo fué inventada por Juan de Bourges en 1400.

El termómetro se inventó en 1477.

El telescopio fué inventado por Jacobo Mencia en 1612.

Túbal descubrió la música en el año 1000.

Theut inventó los números en el año 2000 (antes de Jesucristo).

Atlas inventó la esfera en 2518 (antes de Jesucristo).

Schuwartz, religioso alemán, inventó la pólvora en 1518 (después de Jesucristo).

Noema inventó el arte de hilar y tejer, en el año 1100 (antes de Jesucristo).

Francisco de la Reina, albéitar de Burgos, imprimió en 1564 un libro en que dió conocimiento de la circulación de la sangre en el cuerpo humano, ignorada hasta entonces.

## Explicación del Figurin 1082.

FIG. 1.<sup>a</sup>—Traje para niña de 10 á 14 años.—Vestido de muselina color de rosa y túnica princesa color reseda, guarnecida con bieses y rulos negros y blancos. Cuello grande con hombreras y puños correspondientes, bordado y adornado de guipure. Sombrero de paja con cinta rosa y sprit verde reseda.

FIG. 2.<sup>a</sup>—Traje para niño de 6 á 10 años.—La blusa, abierta por delante, deja ver la camiseta encarnada con cuello marinero y mangas largas; el pantalón va sujeto por debajo de la rodilla con un elástico.

FIG. 3.<sup>a</sup>—Traje para niña de 6 á 10 años.—Falda de foulard azul liso, con polonesa foulard á rayas blancas y azules, que cierra por delante con grandes botones blancos. Lazo azul en el cabello.

FIG. 4.<sup>a</sup>—Traje para niña de 8 á 12 años.—Falda de foulard á rayas negras y blancas: túnica de crespon de la India, adornada de entredoses y encaje guipure, y chaqueta parisienne de tafetan negro escotada en corazón, y de aldetas abiertas. Sombrero de paja, adornado de cintas negras y flores; botitas negras.

FIG. 5.<sup>a</sup>—Traje para niña de 10 á 14 años.—Falda de tafetan á rayas blancas y malva; túnica de tafetan malva drapeada en los costados y sostenida por una banda de la tela que termina en punta, ribeteada de raso, y adornada con presillas y botones de raso. Abrigo de faya negro con aldetas cuadradas y abiertas, adornado con fleco de borlas. Sombrero ó toca de paja guarnecido con lazos y plumas malva.

Ahora solo falta que estos lindísimos trajes esten asentados sobre un corsé de buenas formas como los que se fabrican en la plaza de Celenque, núm. 1, Madrid.





## HISTORIA NATURAL.

EL CABALLO, EL CAMELLO, EL DROMEDARIO.

No ha hecho el hombre más importante conquista que la del caballo, noble y arrogante animal con quien divide las fatigas de la guerra y la gloria de los combates. Intrépido á la par que su dueño, el caballo ve el peligro y lo arrostra, acostúmbrese al ruido de las armas, lo ama y lo busca; pero tan dócil como animoso, no se deja llevar de su ardor y sabe reprimir sus ímpetus naturales. El caballo agradece los halagos, y toma sumo cariño á su amo, demostrándole casi tanta fidelidad como el perro.

La duración de su vida es de 25 á 30 años, si bien hay algunos ejemplos de longevidad, en que han vivido 50 años.

Segun los climas, varían las razas de los caballos, siendo la mejor la raza árabe, notable por su arrogancia, esbeltez y gallardía.

El camello, originario al parecer del Africa, se cria únicamente dentro de una zona de trescientas á cuatrocientas leguas de latitud, que se extiende desde la Mauritania hasta la China, no subsistiendo más acá ni más allá de esta zona.

El camello es el más sóbrio y el más útil para el hombre, de todos los demás animales, porque puede pasar muchos días sin beber, y comiendo muy poco, circunstancia singular, que se debe sin duda á que además de los cuatro estómagos que se encuentran por lo comun en todo animal rumiante, tiene el camello una especie de bolsa ó receptáculo, que le sirve para retener el agua, y este quinto estómago tiene suficiente capacidad para contener una gran cantidad de líquido que se mantiene allí sin corromperse ni que puedan mezclarse con él los otros alimentos; cuando el animal se encuentra acosado por la sed ó tiene necesidad de desleir los manjares duros, con una sola contraccion de los músculos hace remontar una parte del agua desde la barriga hasta el exófago. Los árabes consideran al camello como un presente del cielo, un animal sagrado, sin cuyo auxilio no podrían ni subsistir, ni comerciar, ni viajar. El camello es tan dócil, que á la primera seña del conductor, dobla sus rodillas para recibir la carga y evitar al hombre el trabajo de levantar los fardos á grande altura.

El *Dromedario*, es de la especie del Camello, si bien sus razas son distintas; y se distinguen tan sólo en que el Camello tiene dos jibas ó protuberancias sobre las espaldas, y el Dromedario no tiene más que una. Esta raza es más numerosa y abundante que el Camello, habita regiones áridas y calientes, pero se cria en la misma zona ó extension de terreno que aquel, es decir, en un espacio de trescientas ó cuatrocientas leguas de latitud, desde la Mauritania á la China.

Por lo demás, todo lo que pertenece al Camello, tanto en su forma, cria, educacion y alimentos, es propio del Dromedario, del cual se sirven los árabes indistintamente, segun los países y demás circunstancias particulares que pueden favorecer á cada uno de dichos animales.

BENIGNO DONCEL.

## DISTRIBUCION DE PREMIOS,

EN EL COLEGIO DE NUESTRA SEÑORA DE LORETO.

No hay comision más noble y mas sublime que la de consagrar sus desvelos á la infancia; no hay nada que refresque tanto la mente y el corazon, como el contacto de esas puras almas, que se van modelando en el troquel formado por nuestra inteligencia. Es una tarea, aunque espinosa y trascendental, sumamente grata para quien la lleva á cabo con fe y entusiasmo, pudiendo decir mañana con orgullo, al ver convertidos á los pequeñuelos en seres agradables á Dios y útiles á la sociedad: *he ahí mi obra*.

Más espinosa, más trascendental es, sin duda alguna,

esta tarea, si son niñas las que se hallan encomendadas á nuestros desvelos. Las niñas tienen la imaginacion más viva, la sensibilidad mas exquisita; son como las tiernas lianas que doblan su tallo á todos los vientos, y es, por lo tanto, preciso una atencion continua, un cuidado incansable para fortalecerlas, para guiarlas, apoyadas en la religion y la moral, por la senda del bien y la virtud.

De la niña, que más tarde debe servir de ejemplo y de espejo á una familia, dependen los destinos de las generaciones futuras, pues es inmenso el influjo que ejerce la mujer en sus diversos ministerios de hija, esposa y madre.

Así lo ha comprendido el ilustrado y celoso Administrador del colegio, D. Benito Isbert y Cuyás, quien ha introducido notables reformas en el Establecimiento, proponiéndose ponerlo á la altura de los mejores del extranjero.

Sus desvelos han alcanzado el éxito más completo, y los que hayan tenido la fortuna de asistir á la distribucion de premios en la noche del viernes 27 de Junio, habrán observado el buen orden que reina por todas partes y la alegría espontánea que brilla en los rostros de las



EL CABALLO.



EL CAMELLO.



EL DROMEDARIO.

## HISTORIA NATURAL.

niñas, prueba indudable de que son tratadas con el amor y el celo con que serian tratadas en casa de sus padres.

Y padre es, realmente, para ellas el Sr. Administrador, que reúne, á un privilegiado talento, la bondad y la inteligencia, propias de un Sacerdote cristiano.

Garantía segura de éxito, es tambien el nombramiento de la nueva Directora, Doña Acacia García Parra, señora inteligente y recomendable bajo todos conceptos, á la que secundará en sus esfuerzos la digna inspectora Doña Adela Geopfert.

Muchas y bellas obras hemos visto en la exposicion de labores que demuestran la aplicacion de las educandas, y el buen gusto de las profesoras que las dirigen, á quienes damos la mas sincera enhorabuena.

Presidieron el acto, el señor Rector de la Universidad y un representante del señor Patriarca, amenizándole las señoritas Villar, Urramendi (Doña Carmen y Doña Josefa), y Orellana, que ejecutaron piezas de los mejores autores con notable precision y acierto, y por último, todas las educandas, que cantaron dos coros, embelesando los corazones con sus voces frescas y argentinas.

Obtuvieron coronas en la *Seccion superior*, las señoritas doña Rosario Villarrubia y Doña Rosa Nuñez; en la *Seccion elemental*, Doña Dolores Bengochea y Doña Adela Curruchaga, y en la *Seccion preparatoria*, Doña Concepcion G. Franco.

Terminaremos esta ligera reseña, recomendando á las madres que deseen educar á sus hijas en colegio, que no echen en olvido el de *Nuestra Señora de Loreto*.

ANGELA GRASSI.

Como no hay nada que nos complazca tanto como estimular la aplicacion de la juventud y aplaudir el verdadero mérito, nos apresuramos á enviar nuestros más sinceros plácemes al modesto, cuanto inteligente jóven, D. Vicente Masferrer y Codina, que apenas cuenta 16 años de edad, y que consagra el tiempo que le dejan libre sus estudios, á la publicacion de un periódico notabilísimo bajo todos conceptos. Titúlase *El Autógrafo*, y es un trabajo caligráfico, todo de su mano, con preciosas láminas, copias de los mejores autores, trazadas con la pluma, y reproducido por medio de la litografía. Lo recomendamos á nuestras lectoras por la novedad de la empresa y el buen acierto con que la lleva á cabo, advirtiéndole á las que deseen suscribirse que la Administracion se halla establecida en la calle de Muñoz Torrero, núm. 6, adonde deben dirigirse los pedidos.

La noche del 27 de Junio, fué de verdadero triunfo

Ayuntamiento de Madrid

para la eminente actriz italiana, Doña Jacinta Pezzana Gualtieri, la cual se despedía del público madrileño con el magnífico drama *Adriana Lecouvreur*. Si durante el curso de las representaciones que ha venido dando en el Teatro del Circo, ha subyugado y entusiasmado á su auditorio con sus relevantes dotes y preclaro talento; el entusiasmo subió de punto en la citada noche, cubriéndose el escenario de flores y coronas, entre salvas de nutridos aplausos.

Creemos que la simpática artista llevará á América, adónde se propone ir en breve, un grato recuerdo de España, mientras nosotros hacemos votos para que vuelva otra vez á embelesarnos con la magia de su genio.

## CORRESPONDENCIA.

M. O. C. Barcelona. Pida V. la máquina de coser á D. Antonio de Paz, en Santander.

He aquí las mejoras que tiene su máquina de coser "Silenciosa Perfeccionada" y que no tiene la llamada "Silenciosa."

1.º Un aparato graduado y numerado que indica á la persona que cose, la tension que ha de dar al hilo para coser batista, clarina, seda, lienzo, paños delgados y paños muy gruesos.

2.º Un prensador, tambien numerado que señala la presion que debe darse para coser las diferentes clases de géneros arriba expresados.

3.º "La Silenciosa Perfeccionada" cese con dos hilos ó cose con uno solo.

4.º "La Silenciosa Perfeccionada" (Suplico á V. se fije en esta mejora) no tiene en su mecanismo ningún resorte de alambre: cuando los movimientos de impulsión son dados por resorte de alambre, estos con el uso, se tuercen, se dilatan y se rompen; de aquí se sigue que los movimientos han de ser naturalmente imperfectos y el cosido imperfecto tambien.

5.º Tiene la "Silenciosa Perfeccionada" un guarda aceite que impide el que se ensucie lo que se cose, y la persona que cose, etc.

Desde mi valle. — En lo Universal. — Plaza de Santa Ana, núm. 15, hallará V. cuanto desea, tanto en peinados bonitos como en objetos de perfumería.

Soluciones nuevas á la charada *Aguacero*, inserta en el núm. 22 del CORREO, correspondiente al 10 de Junio último, por las señoras Doña Carmen Casamayor y Doña Luisa Casamayor, de Madrid; Doña Isabel Urrutia, de Santander; Doña Eduarda Asensio, de Pamplona, y Doña Dionisia Lopez, de Santa Cruz de Tenerife.

Soluciones á la charada inserta en el núm. 24 del CORREO, correspondiente al 26 de Junio último, por la Excelentísima Señora Marquesa del Acerto, de Madrid; Doña Ignacia Trabadillo, de Villafafila; Doña Carmen Menendez, de Bilbao; Doña Gertrudis Tomás, de Barcelona; Doña Dolores Perez, de Santander; Doña Engracia Santa María, de Valladolid; Doña Federica Ponce, de Madrid; Doña Eusebia Amores, de Valencia; Doña María Luisa Saenz de Urraca, de Villamartin; Doña Carmen y Doña Luisa Casamayor, de Madrid; Doña Francisca Rocafort y Doña Dolores Burcet.

OROPÉNDOLA.

## CHARADA.

Prima, tercera y cuarta  
Es apellido  
Noble y en nuestra historia  
Muy conocido.  
Y dos y cuarta  
Otro tambien antiguo  
De hidalga raza.  
La segunda y la prima  
Lo encontraremos,  
De distintos tamaños  
En los comercios,  
De ultramarinos,  
Y en extremo variados  
Sus contenidos.  
La tertia y la segunda  
Sirve lo mismo,  
En los buques pequeños  
Como en navíos.  
Y aún los vapores  
De lo propio hacen uso  
En ocasiones.  
El todo es una villa  
De nuestra España  
Que ha tenido una industria  
Muy celebrada  
Ha sesenta años,  
Y que por varias causas  
No ha prosperado.

JERÓNIMO COUDER.

Madrid 16 de Junio 1873.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edicion recibirán con este número el Figurin iluminado.

Editor-propietario: CARLOS GRASSI.

Tip. de G. ESTRADA, Dr. Fourquet, 7 (antes Hiedra).